

En prosecución de una inveterada tradición, el pasado 17 de julio, en acto solemne, la Academia Ecuatoriana de la Lengua rindió homenaje a la memoria de los académicos y embajadores del Servicio Exterior ecuatoriano, Filoteo Samaniego y Alfonso Barrera Valverde, ambos, poetas y escritores que han dado lustre a la literatura ecuatoriana contemporánea. El discurso de orden para exaltar la memoria del embajador Alfonso Barrera Valverde estuvo a cargo del académico y también embajador Francisco Proaño Arandi. Por su parte, el poeta y crítico Julio Pazos Barrera pronunció el discurso correspondiente, en torno a la figura y al legado intelectual del embajador Filoteo Samaniego. La Revista AFESE tiene el agrado de incluir en el presente número el discurso del doctor Julio Pazos, con lo que se asocia a la exaltación del gran poeta, crítico de arte, novelista y eximio diplomático Filoteo Samaniego.

F.P.A.

Imagen perdurable de Filoteo Samaniego Salazar Con motivo del homenaje póstumo efectuado por la Academia Ecuatoriana de la Lengua

Julio Pazos Barrera*

Me apoyaré en el ensayo de Darío Villanueva, *La poética de la lectura en Quevedo*, dirigido al estudio del soneto *Desde la Torre*, de Francisco de Quevedo. El poeta español dice, en paráfrasis de Villanueva, que se escuchan con los ojos los libros, es decir, los ojos pueblan la conciencia con las voces de los autores que murieron hace muchos siglos.

Extiendo el comentario de Darío Villanueva y el significado de dos de los versos de Quevedo y digo que se oyen con los ojos, además de los libros, el arte y el paisaje. En verdad, Filoteo Samaniego escuchó con sus ojos los libros, el arte y el paisaje. Se dirá que mi circunloquio no es nuevo, en efecto no lo es; sin embargo, el mundo que nos rodea y en el que actuamos es silente y hermético. Por la calidad de seres humanos inteligentes damos forma a ese mundo y su lectura solo es posible con el ejercicio de la lengua, como afirman teólogos, filósofos y filólogos. Ahora bien, la lengua se troquele en escritu-

ras que nos sobreviven por un tiempo y en algunos casos, por mucho tiempo. En el mundo de las escrituras no hay muertos, los diálogos que ellas contienen se dinamizan cuando otra voz se suma y reproduce con extremada delicadeza la interminable conversación.

Gocé del privilegio de ser alumno de F.S en 1964, en la especialidad de Literatura de la Facultad de Ciencias de la Educación de la PUCE. La cátedra que sustentó fue Poesía Francesa del Siglo XIX. Tradujo para nosotros algunos poemas de Charles Baudelaire, Paul Verlaine, Alfred de Musset, Gérard de Nerval, Alfred de Vigny y otros. Luego de la clase asistíamos al café y escuchábamos largos comentarios de textos por parte de Francisco Tobar García y Filoteo Samaniego. Los nombres de los poetas y las alusiones a los poemas obligaban a leerlos y a interesarnos por la crítica literaria. Para entonces Filoteo Samaniego y el poeta Gonzalo Escudero tradujeron al español

* Escritor ecuatoriano. Miembro de Número de la Academia Ecuatoriana de la Lengua.

los poemas de Alfredo Gangotena, era una publicación de la Casa de la Cultura del año 1956. Se diría que fueron los primeros textos de Gangotena que los lectores ecuatorianos tuvieron a su alcance. En 1960, en la Biblioteca Ecuatoriana Mínima, F.S. publicó un ensayo sobre Alfredo Gangotena y una nutrida colección de crítica escrita por autores extranjeros; Samaniego debió traducir la crítica que apareció en francés.

Si mal no recuerdo el método de enseñanza que utilizaba F.S. partía de plantear un marco general del autor y su obra. Luego abordaba el poema con su personal interpretación. Por último, a modo de tarea, debíamos escoger un poema para parafrasearlo e interpretarlo, tarea que era cuidadosamente examinada por el catedrático. Recuerdo que el profesor Samaniego exponía anécdotas y datos de los autores, recurso pletórico de erudición que tornaba admirable y ágil el tema.

En alguna ocasión fui con el profesor a su casa y pude admirar buena parte de sus colecciones de arqueología y arte quiteño. En esos días el profesor Samaniego había contratado al escritor Norgreví Matalá Golú para que ordenara la abundante y rica biblioteca.

Es un lugar común decir que los años pasan y que el olvido hace de las suyas. Pasaron los años pero mi admiración por F.S. creció. No puedo decir que alterné con él en muchas ocasiones, pues, como todos

saben su carrera diplomática le alejaba del país, pero cuando retornaba estuve con él en varias ocasiones. En cierta oportunidad oí su guía de la iglesia de La Compañía con motivo de la visita de algún gobernante extranjero. Cuando dirigió la sección cultural del Ministerio de Relaciones Exteriores me recibió dos o tres veces y como siempre fueron lecciones de literatura y arte que generosamente impartió. De su boca oí los detalles de la recuperación de 10.000 piezas arqueológicas del Ecuador, que extranjeros descalificados se llevaron a Italia.

Más que brillante fue su actuación como director de la sección cultural de la Cancillería; su actividad se concretó en las excelentes exposiciones de las obras de Galo Galecio y Eduardo Kingman. Organizó las celebraciones del sesquicentenario de la República, del bicentenario del nacimiento del Libertador Simón Bolívar y el aniversario de los 150 años del asesinato del Mariscal Antonio José de Sucre. Estas últimas actividades le impulsaron a solicitar la conformación de la Comisión Nacional Permanente de Conmemoraciones Cívicas, empeño que culminó con éxito y que produjo valiosas publicaciones.

En su papel de Embajador, Samaniego organizó en Europa exposiciones de los artistas Oswaldo Guayasamín y Oswaldo Moreno Heredia. De su personalidad de diplomático dio cuenta el excanciller

José Ayala Lasso en un sentido texto de homenaje que se publicó en el número 124 de la revista del Grupo Cultural América.

Otra actividad que ejerció fue la de Director del Instituto Nacional de Patrimonio Cultural. En esa función y como un ejemplo del conocimiento que tenía del país, sorprendió a la delegación de un cantón con los pormenores de la geografía de la zona y del arte que se custodiaba en el templo. No tenemos dinero, dijo, pero sí puedo recomendar los técnicos restauradores. Años después, con motivo de alguna sesión del Grupo Cultural América, en su casa de Capelo, me mostró la colección que conservó para la familia. Otra notable cantidad de arqueología había donado a la municipalidad de Patate. Tal vez escogió ese sitio para la donación porque era la cabecera de las tierras de su antepasado lojano conseguidas en almoneda y que pertenecieron a los jesuitas expulsados por Carlos III.

Entre las múltiples distinciones que recibió F.S. constan la Orden Nacional al Mérito en el Grado de Gran Cruz, del Gobierno del Ecuador, en 1996; la condecoración Eugenio Espejo del Municipio Metropolitano de Quito; el Doctorado Honoris Causa, otorgado por la Universidad Internacional del Ecuador en 2001.

En el año 2001, Filoteo Samaniego recibió el Premio Nacional Eugenio Espejo, galardón que le otorgaba el Gobierno Nacional por su contribución a la cultura del país.

F. S., en 1984, se incorporó como miembro de Número a la Academia Ecuatoriana de la Lengua, institución de la que fue secretario entre los años 1996-2006.

Este breve exordio culmina con el homenaje que le tributaron en la Alianza Francesa los estudiantes de arte de la Facultad de Arte de la Universidad Central, en esa fecha ya célebres artistas plásticos. No recordaba los nombres de ellos y me pidió discretamente que mencionara sus nombres al oído, así lo hice. Muy grato fue para él ese homenaje. En mi caso, fue la última vez que estuve cerca de Filoteo Samaniego.

En el soneto de Quevedo se dice que se oye con los ojos, bello orden de palabras que alude a la lectura de libros. Así dicen los últimos versos del segundo cuarteto: “y en músicos callados contrapuntos/ al sueño de la vida hablan despiertos”. Música callada es el oxímoron formidable que expresa el significado de las grafías alineadas en la página. Signos pintados que hablan. F.S. no sólo dialogó con los libros, sino que confirió lenguaje al paisaje y al arte en visiones que nos transfirió en sus libros.

Del paisaje

El paisaje recibe al individuo con su luz, su agua, sus aires y secas laderas. Recibe con la precisa línea del horizonte en un crepúsculo de verano. Los nombres de los accidentes llegan más tarde, cuando en el

individuo el paisaje es un nido inolvidable. F.S. escribió estos versos:

“Cada mar tiene un sentido,
un ritmo, una distancia; / cada
mar guarda sus albas, su brisa
y sus navíos. / Pero a este
mar nuestro, / esencia misma
del mar, / le brotaron, de sus
entrañas abisales, / magmas
de lava gris, / llagas de azufre
y costras pavorosas; / (El cuerpo
desnudo de la tierra: 1973
[2006]: 201-202)

Es el archipiélago convertido
en voces. De hecho, Galápagos en
el inicio de la lectura del paisaje. El
poeta continuó:

“El río reclamaba naves/ y había
que construir las. // Bulubulo,
de noble y cerrado bosque,
/ talaba sus troncos predilectos:
/ guachapelí mulato, dócil
al corte de la azuela. // Ramas
y raíces para el pie de roda, /
el codaste esbelto/ y las trabas
recias; / amarillo para los
tablazos; mangle para la quilla.
// Maleable el laurel, / fácil se
ablandaba para curvar el casco.
/ ¡Indestructible arboladura!
// Duras manteníanse las
cuadernas de guayacán, / y la
estopa de coco alquitranado/
calafateaba hendidias sin dejar
intersticio”. (Oficios del río,
1983, [2006]: 309-310)

Es el río Guayas y los muchos
ríos que componen su cabellera,
pero no es el río en su lento tributo
de tierra y agua sino su transforma-
ción en ría, en golfo. Las voces son
los cientos de bergantines y veleros
que hicieron de Guayaquil el famoso
astillero del Pacífico Sur, en el tiempo
del reino de España.

Pero el espacio de Filoteo Sa-
maniego no es sólo el más o menos
lejano pasado histórico, es también
su pasado personal, su infancia y
primera juventud. Estas líneas con-
vierten el sentido visual en un emotivo
monólogo:

“Aprendí, en algún sitio, a
callejear, / a ir , sin prisa, por
las aceras, / y a no dejar esquina
o rincón sin detenerme; /
aprendí a mirar, por las hendi-
dijas, / las fuentes de piedra
y las terrazas/ con sus viejos
asoleándose, / sus magnolios y
sus jaulas de canarios; / claus-
tro y pajarera / guardaban su
tesoro de común/ silencio, /
sólo alterado por la lluvia re-
pentina/ que atronaba en los
techos de hojalata o quebra-
ba las tejas; / por la lora locuaz
y por el timbre / del teléfono,
que sonaba cuando no debía,
/ alterando la siesta o la lectu-
ra del breviario. / Era aquello,
intimidad con sol y sombra, /
una manera de ser propia, de
estar en familia, / en la ciudad
de siempre, / y de no dejarme

oír ni el pensamiento”. (Ciudad en vilo, 2000, [2006]: 320-321)

Es Quito de 1940 y 1950. Cuando niño asistió al pensionado Borja y adolescente acudió al colegio San Gabriel, ya joven será alumno de la Universidad Católica. La ciudad tenía ese aire conventual y solariego de especiales resonancias para las familias de prosapia. Como dice Samaniego, “la ciudad de siempre”, le hablará en la vigilia y en el sueño con el discurso que acompaña a todo ser humano: de las primeras luces, de albas lluviosas o de ocasos rojos imborrables y del amor que se filtra sin razón en cerebro y corazón hasta la muerte.

Samaniego viajó a Francia, al Instituto de Ciencias Políticas de París. Fue el comienzo del conocimiento directo del mundo europeo, es decir, de la fuente de la cultura de Occidente, experiencia que de ningún modo convertiría en refinamiento anacrónico. La experiencia de ese mundo le serviría para conocer profundamente el mundo americano y establecer las diferencias.

La carrera diplomática le llevó por diversos paisajes: Francia, Austria, República Democrática Alemana, Rumanía, Egipto, Cuba, Líbano; pero según las transcripciones poéticas fue el Medio Oriente que llenó de voces sus ojos. He aquí una cita

“En Petra, habla un desierto cuyo tono se enciende en cada tarde/ y cuyo grito ígneo no pudo vencer la garganta sorda del desfiladero. / Voy con los oídos extasiados / y no oigo sino un color agreste./ ¿Dónde está el habitante, dónde estuvo?/ ¿En qué cataclismo extravió sus pasos? / ¿Qué sismo interrumpió el tiempo nabateo? / ¿Qué inmolador inmenso tiñó los flancos del peñasco?” (Los niños sordos, Líbano, Medio Oriente, 1973-1976, [2006]: 251)

La contemplación de las ruinas de esos complejos monumentales acumulará muchas voces en la memoria de Samaniego, tal vez las más hondas relacionadas con la caducidad de esfuerzos humanos y la fantástica propensión a la búsqueda de belleza.

Tuvo en Líbano una conmovedora a la vez que terrible experiencia. El Líbano de la paz de los cedros bíblicos se había convertido en una encrucijada de guerra. Meses antes del conflicto hubo el compromiso de exponer los tesoros arqueológicos del Ecuador en Beirut. El barco llegó con los cajones y acoderó en la bahía que era objeto de bombardeos. Los tesoros arqueológicos del Ecuador se encontraban en gran peligro, la angustia del diplomático ecuatoriano era abrumadora puesto que desde el lugar donde se encontraba se

observaba los estallidos de los proyectiles y la destrucción de las naves adyacentes. Con muchos cautelosos trámites Samaniego logró preservar esos tesoros.

En realidad el paisaje está escrito por el Hacedor en mudos caracteres cuando no en estallidos que no acarrearán ningún significado, salvadas las sensaciones de frío y calor y las emociones de espanto y desconcierto. Samaniego pudo leer esas escrituras y convertirlas en significados de sus escritos. El mundo que le antepone al cielo creció desde las islas Galápagos, las aguas del océano, las oscuras aguas de los ríos que bajan de las cordilleras, los valles y las ciudades, algunas de ellas encaramadas en los volcanes; creció por la ruta de Europa y por las tierras de las viejas culturas; como en la mitología china, el templo es la conexión de la tierra y el cielo, así para Samaniego su país fue el templo que abarcaba el mundo y que conectaba con el cielo.

Voces de arqueología y arte

Pero los actores que deambularon en el paisaje se encontraban encerrados en la arqueología y el arte. Los ojos de Samaniego oyeron esos lenguajes. Asumió el deber de plantarlos en su escritura con el fin de armonizarlos para sus contemporáneos y para todos quienes integren el coro del futuro. Umiña, el poemario, trajo la polifonía de los habitantes que en la orilla del mar

se consideraron seres cósmicos tanto como caracoles o distantes estrellas. Samaniego oyó los cantos y los transcribió. No lejos del santuario de Umiña se encuentran otros vestigios culturales, los de Valdivia. De modo que nadie como Samaniego hizo hablar a los ídolos de Valdivia. Muchas horas debió entregar a la lectura de su colección de figurillas femeninas, con anchos tocados y, en ocasiones, bifrontes, hasta cuando decidió escribir y usar el término latino para el himno que dice:

“Venus de Valdivia, diosa de amor y mar. / creada por la uña de Dios para ver, hablar/ y sentir de repente: / se funde con pasión, en el eterno abrazo/ del propio seno enaltecido. // Mujer primera de geométrica altura, / peina sus cabellos salobres sobre el hombro / fino, para gozo y aliciente, confiere dignidad/ al cuello y altivez al busto y sabe mitigar/ la sed en la hora del sol y del deseo”/. (La uña de Dios, 1996, [2006]: 190)

La redimensión es perfecta: “peina sus cabellos salobres sobre el hombro” Dos palabras “cabellos salobres” traen las culturas de siglos, de esas que en los objetos dejaron sus visiones más enhebradas con la vida de plantas y animales que con el lívido terror que causa el miedo de morir, dos palabras exactas y suficientes.

Samaniego imaginó primero el entramado cultural de los pueblos nativos de América para, luego confrontarlo con la compleja mentalidad de Occidente, mentalidad que fue la suya.

Al tratar de la conquista española, Samaniego habló del encuentro de culturas. Sin embargo y en sus propias palabras no fue ningún encuentro:

El encuentro de culturas puede, en consecuencia, medirse bajo estos dos aspectos: por una parte, la eliminación de creencias preexistentes y, por otra, la implantación o revitalización de culturas importadas”. (Samaniego, 1974: 116)

Eliminación e implantación no son términos que sugieren un armonioso encuentro cultural. En efecto, poco pervivió del mundo indoamericano. En una primera aproximación, Samaniego hace ver que, en la decoración de corte serliano en el templo de San Francisco de Quito, aparecen soles fajados en la frente tal como describen los cronistas las cabezas ceñidas de los gobernantes incas divinizados; aunque esos soles aparecen guarnecidos por querubines. Algo similar vio Samaniego en las cabezas de ídolos trabajadas en los capiteles corintios de la iglesia de la Merced de Quito. Hasta aquí parece que Samaniego afirmara el rotundo predominio de lo europeo.

No obstante, Samaniego encuentra una apertura más clara en la representación decorativa de plantas americanas y animales de la selva que se confunden con los símbolos cristianos del trigo, las uvas y las granadas; de igual manera, la permisiva actitud europea se dejó ver en las representaciones de papagayos, serpientes y monos que se alternan con míticos unicornios y sirenas, en ciertas edificaciones mexicanas y andinas.

Samaniego hizo ver lo americano con el acierto que contradice el gusto europeo y quizá la percepción de criollos americanos confundidos o desarraigados. Esta cita es iluminadora cuando se trata de apreciar el cómo vio Samaniego el arte americano:

“Pero no hay duda de que frente a una escultura o a una pintura coloniales se ha de encontrar una atmósfera diferente que, aún cuando de inspiración europea, tiene un ambiente a veces indefinible de sabor americano.

Ese barroco personalísimo, en gran mayoría obra de gentes sin mayor oficio, de artesanos y artistas anónimos, no siempre parece del agrado del espectador erudito. Pero en sí mismas esas tallas, imágenes o pinturas son el testimonio de los tres siglos de una colonización que, en

definitiva, es el despertar de un continente nuevo. A veces simples testimonios humanos, aquellos trabajos generalmente humildes llevan en sí el mensaje de ese habitante primitivo, cuya fabulosa tradición milenaria se vuelca de esa manera en la desconcertante y sorpresiva mentalidad del hombre de Occidente”. (Samaniego, 1974: 127)

En 1972 se publicó *Columnario Quiteño, tres siglos de barroco decorativo*. F.S. escribió los textos y la dirección del proyecto editorial fue del Arq. Enrique Larenas y los dibujantes fueron Eduardo Merlo, Fernando Pérez y Fernando Armas. Esta fue la clasificación de columnario: columnas de fuste liso; columnas de fuste acanalado (estriadas); columnas salomónicas; columnas anilladas; columnas manieristas, platerescas, barrocas y otras. Un bosque de columnas que reprodujeron los modelos europeos, pero enriquecidos con infinidad de detalles no ortodoxos. Samaniego leyó esas intrincadas imágenes con el fin de desentrañar el modo de ser del arte andino-americano. Porque no solo con las representaciones de motivos prehispánicos se podía decir que se encontraba con un arte distinto y por ende nuevo, sino con la mezcla y las lujosas variantes bañadas en muchos casos con el oro sagrado del mundo andino y el oro que el con-

cilio de Trento destinó a la mayor gloria de Dios.

En 1985, Salvat Editores, S.A., Barcelona y Salvat Editores Ecuatoriana, S.A., Quito, publicaron *Ecuador Pintoresco*, conjunto de las contratapas de los cuadernillos publicados por Salvat de *Historia del Arte Ecuatoriano*. Se reprodujeron 43 acuarelas de Joaquín Pinto, seleccionadas y comentadas por F.S. Ya Samaniego en estos textos rebeló todo cuanto sabía de las costumbres de la sociedad, en efecto allí desfilan ministros de justicia y canónigos de la Catedral, mujeres lavanderas y batidores de melcocha, vendedores de carne y aguateros. Samaniego recogió diestras anotaciones la diversidad que Joaquín Pinto plasmó con los transparentes pigmentos de la acuarela.

Samaniego se apoderó de las imágenes y las hizo hablar porque comprendió que únicamente de este modo podía definir la identidad de la cultura que heredó y de la que era actor protagonista y que representaba en lejanos países.

Voces de los autores que leyó

Quevedo dijo en su verso “al sueño de la vida hablan despiertos” los autores de los libros. Según Villanueva, el poeta español debió dejar Madrid por orden del rey y se entiende que durante ese exilio sus interlocutores de todas las épocas le hablaban desde las páginas impresas

según la revolucionaria técnica de Gutenberg. Ninguna prisión visible experimentó Samaniego, a no ser aquella que encierra al hombre antes de acudir a la contemplación del rostro de Dios. Pero, en las horas de interiorización, Samaniego dialogó con muchos autores. Consciente de esta circunstancia citó los nombres de esas voces al pie de los poemas que escribió. Ni por asomo de osadía se pueden reseñar las denominadas fuentes bibliográficas, sin embargo, se intentará agruparlas. Así pues, en la lectura de *Elegías de varones ilustres de Indias*, de Juan de Castellanos, de *Arauco Domado*, de Pedro de Oña, de la crónica de Fernández de Oviedo, Samaniego encontró el testimonio del trágico a la vez que fantástico proceso de conquista y colonización española. En cambio, el cauce del español en la cima más alta de la poesía lírica, fueron para Samaniego los inmarcesibles poemas de Jorge Manrique y San Juan de la Cruz.

La poesía francesa más concentrada que despertó la inspiración de Samaniego surgió de Arthur Rimbaud, Henri Michaux y especialmente de St. John Perse. Por el dominio de la lengua francesa Samaniego tradujo la voz de Alfredo Gangotena al español. Pero fue la poética de St. John Perse aquella que marcó el tono de epicidad de los textos de Samaniego.

En el vergel lírico del Ecuador las voces que recogió su sensibilidad

fueron las de Juan Bautista Aguirre, Jorge Carrera Andrade, Gonzalo Escudero, César Dávila Andrade, Jorge Enrique Adoum y especialmente la de su compañero de generación, Francisco Tobar García.

Fue lector del evangelista San Juan y del *Corán*, de los escritos de Teresa de Ávila; en el ámbito que podría denominarse profano Samaniego dialogó con Benjamín Carrión, Alejandro Carrión, Jacinto Jijón y Caamaño, Alfonso Reyes, Julio Cortázar, entre muchos otros en presencia y en ausencia. Diálogos con difuntos a través de las grafías de la escritura como dijo el poeta barroco Francisco de Quevedo.

Última pincelada

Esta es la imagen que en especie de acuarela me acompaña de quien fuera mi apreciado maestro. Por cierto, mi desvaída capacidad apenas alcanza para actualizar la persona de un gran hombre. Mucho sentimiento hubo en él, lo confirman las dedicatorias de sus poemarios. Siempre fueron ofrendados a su esposa Elena Egas Escudero y a sus hijos Elena y José Javier, a sus padres y aun a sus abuelos.

Entre los años 1993 y 2001, Samaniego escribió tres poemas que llevan por título *Voces, ecos y silencios*, el primero está datado en El Cairo y los dos restantes en Bucarest. En un canto del poema *Contrapuntos* se advierte la presencia de Elena, pues

nadie más podía ser la interlocutora de tan sentida confianza y de tanto amor compartido. El canto dice así:

Amo, amas, y se agota la palabra

en amores de fuente permanente;

de pensar y hablar constante,

andar, preguntar, dudar,

palpar la seda de la mujer,

llegar a la mujer y tenerla o perderla,

perderme y seguir perdido

en la misma idea de la misma tristeza;

hundirme al final de la página

diciéndonos que tú y yo nada somos

en este laberinto,

que son otros los caminos

y otras las preguntas por las que vamos,

locas rutas sin comienzo ni fin;

y saber que hemos de llegar.

En fin de cuentas, asirnos a los días que nos llevan

y en ellos seguir caminando

hacia el único término de todos los senderos,

hacia la soledad común

de los que aman como amamos tú y yo,

perdidos en la misma aventura,

las mismas palabras y la misma tristeza. (Samaniego, 2006: 400)

Referencias

José Ayala Lasso, “En Memoria de Filoteo Samaniego”, *América, Revista del grupo cultural América*, Segunda época, Quito N° 124, junio 2013.

Darío Villanueva, *La Poética de la Lectura en Quevedo*, Madrid, Biblioteca de Ensayo Siruela, 2007.

Filoteo Samaniego, “Encuentro de culturas”, en *América Latina en sus artes*, México, Unesco-siglo XXI editores S.A., 1974.

Filoteo Samaniego Salazar, *Poesía
Junta*, Quito, Casa de la Cultura
Benjamín Carrión, 2006.

Quito, julio de 2014